

Lina Galán

DEMASIADO PERFECTO

SERIE O'BRIEN, 1

booket

Lina Galán

Demasiado perfecto

Serie O'Brien, 1

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lina Galán, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.764-2023

ISBN: 978-84-08-27564-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Seattle, 1997

—¿Adónde crees que vas, bola de sebo, cuatro ojos? ¿No sabes que los nuevos tienen que pagar peaje?

—¿Pe-peaje? —preguntó el niño confundido.

Miró a aquellos pequeños matones y tragó saliva ante el temor de volver a ser pasto de burlas por su aspecto. Si a estar gordito le sumabas la baja estatura, el cabello rubio, sus ojos celestes, las redondas gafas y su expresión vulnerable, se reunían suficientes motivos para acabar tirado en el suelo de un empujón, sin almuerzo o sin mochila.

—Pues claro, cara de pánfilo. Los nuevos tienen que pagar para poder jugar en el recreo. Un dólar diario o el almuerzo durante un mes. A no ser que quieras... cobrar.

—El grupo de niños se echó a reír con ganas.

—Yo... no tengo dinero.

—No tengo dinero, no tengo dinero —se burlaron con desprecio—. Albóndiga con patas... ¡Pues quítaselo a tu mamáita, esa que se despidió de ti esta mañana con besitos, como si fueses un bebé!

—¡No soy un bebé! —gritó el pequeño al tiempo que trataba de empujar a su acosador.

Este no dudó un instante en darle un puñetazo que

lo lanzó al suelo. Incluso las gafas, destrozadas, salieron volando.

—¿Qué te habías creído, gordo de mierda? ¿Que podrías conmigo? Pues te vas a enterar, bebé.

—¡Vamos! —gritó el resto—. ¡Dale una lección al seboso!

Aunque ya había pasado por lo mismo otras veces, el niño sintió miedo mientras esperaba los golpes y las humillaciones. Sin embargo, en cuanto percibió una alta presencia detrás de él, respiró tranquilo. Era cierto que solía provocar risas entre los críos de su edad por ser bajo y gordito, o por la sensación de fragilidad que proyectaba. Pero eso ocurría hasta que conocían a su hermano.

—¡Eh, tú! —gritó el recién llegado—. ¿Por qué no pruebas con alguien de tu tamaño?

—¿Quién... quién eres tú? —preguntó el que parecía el cabecilla. El resto del grupo ya había dado un paso atrás.

—Soy su hermano. —Señaló con un gesto al niño rubio—. Por tanto, supongo que también debo pagar peaje si soy nuevo, ¿no?

—No... no sabíamos que tuviera un hermano mayor...

—No soy mayor que vosotros, voy al grupo B. También tengo nueve años. Somos hermanos gemelos.

Todos abrieron los ojos con estupor. ¿Cómo podían ser hermanos aquellos niños tan diferentes? ¡Imposible que fueran gemelos! Mientras que el gordito tenía el cabello casi blanco, mofletes rosados, ojos azules y llevaba gafas, el otro era mucho más alto y robusto, con el cabello oscuro, la tez morena y unos ojos que, nada más verlos, causaban temor, porque cada uno era de diferente color: uno era marrón y el otro verde. Nunca habían visto nada igual.

Además, ¡aparentaba más de nueve años!

—Así que —prosiguió el niño grandote— ¡el que se meta con mi hermano se mete conmigo!

Casi sin inmutarse, agarró al cabecilla por la pechera y lo tiró al suelo con fuerza. Para más humillación, lo lanzó contra un charco y lo empapó de barro. Los demás niños no se atrevieron a moverse y todo se quedó en silencio hasta que el que había acabado en el fango, rojo de la furia, gritó al resto:

—¡Solo son dos! ¡Nosotros somos cinco! ¡A por ellos!

Unos minutos después, dos maestros, alertados por otros alumnos, aparecieron en aquel barullo de gritos y puñetazos. Entre ambos dieron por finalizada la pelea, aunque todos ellos seguían gritando, echándose la culpa unos a otros.

Al final, los dos niños nuevos fueron llevados al despacho de la directora, quien se encargó de llamar a los padres de los hermanos.

—Niños... —musitó apesadumbrada la madre en cuanto apareció—. ¿Ya estamos así el primer día? —Se acercó a uno de sus hijos y le quitó las gafas destrozadas, que a duras penas se sostenían sobre su nariz—. Nathan, cariño..., ¿qué ha pasado?

Al mismo tiempo, el padre se inclinó ante su otro hijo y deslizó la yema de los dedos sobre la herida que presentaba en el labio inferior y la sangre que brotaba de su nariz.

—Siento haberlos llamado, señores O'Brien, pero en este colegio somos muy estrictos en cuanto a peleas se refiere.

—Lo siento, señora Mathews —se lamentó la mujer antes de dirigirse a sus hijos—: ¿Qué ha pasado esta vez, chicos?

Silencio.

—Haced el favor de responder alguno de los dos —insistió el padre.

Tras un instante de titubeo, Nathan se encargó de contestar.

—Unos niños me han pegado. Shane me ha defendido, como siempre.

Todos miraron al aludido, que, a pesar de su semblante taciturno, mostraba todavía la rabia que había sentido al ver cómo volvían a meterse con su hermano.

—No quiero que nadie pegue a Nathan —se limitó a decir.

Claire O'Brien miró a su hijo. Shane podía ser un niño serio y de apariencia dura y distante, pero, cuando se trataba de su hermano, no podía ocultar el amor y el instinto de protección que sentía hacia él.

—Ya sabemos que lo haces por defender a tu hermano, cielo, pero pegarte con los demás no es la solución...

—Por cierto, señores O'Brien —titubeó la directora—, perdonen que les haga esta pregunta... ¿Por qué sus hijos van diciendo que son hermanos gemelos? Sé, por lo que contaron en la entrevista, que ni siquiera son hermanos biológicos.

—Es una anécdota que ellos han adaptado a su propia realidad —comentó el padre—. Cuando mi mujer y yo nos conocimos, yo era viudo y tenía a Shane, que acababa de cumplir tres años. Ella era madre soltera de un hijo de la misma edad que el mío, Nathan, al cual le di mi apellido después de casarnos. La casualidad quiso que ambos hubiesen nacido el mismo día, así que, a primera vista, dos hermanos, con el mismo apellido y nacidos en la misma fecha... solo pueden ser gemelos.

La directora miró a los niños con ternura después de saber la insólita historia. Comprendía ese afán del hermano más fuerte por proteger al más débil. Incluso deducía que la pelea la habría comenzado Austin Sanders, el mismo de siempre, al que sin duda castigaría. Ya había ocurrido otras veces y, erróneamente, expulsaban a ese alumno, sanción que no le suponía ningún problema cumplir. En esa ocasión, sin embargo, lo haría llegar antes cada día

para que la ayudase a ordenar las clases y aprendiera a comportarse. Por supuesto, informaría a padres y alumnos y hablarían sobre el tema, pero, como directora del centro, no podía pasar por alto ese altercado.

—Sé que sus hijos no van a ser conflictivos y que han demostrado el cariño que se profesan —suspiró la mujer—, pero tiene que haber algún castigo. La única concesión que puedo hacer es expulsar solo a Shane, aunque, por las normas del colegio, ha de ser una semana.

—¡No! —gritó Nathan mientras se aferraba a su hermano—. ¡Él no ha hecho nada malo! ¡Solo quería protegerme!

Ewan y Claire O'Brien sintieron un nudo en el pecho al ver a sus dos hijos tan reacios a separarse. Mientras Nathan lloraba, Shane apretaba los puños y los labios por no poder hacer nada.

—Nathan, hijo. —Ewan se inclinó hacia él—. No puedes estar siempre dependiendo de tu hermano. Precisamente por eso os suelen poner en aulas diferentes. Pero ya verás como todo irá bien. —Le dio un beso en la frente antes de que Claire lo abrazara también.

—Eres más fuerte de lo que crees —le dijo luego Shane—. Además, ya verás como, a partir de ahora, nadie vuelve a meterse contigo en este colegio. —Le guiñó un ojo a su hermano—. Y recuerda lo que siempre nos dice papá: no puedes controlar lo que hagan los demás, pero sí lo que haces tú.

Nathan vio alejarse a Shane con sus padres hacia la salida de la escuela. Inspiró con fuerza. Debía seguir los consejos de su hermano y enfrentarse a sus propios miedos; a más peleas, a más burlas, a más inseguridades. Pero, por más caídas y golpes que sufriera, se levantaría una y otra vez, con la cabeza erguida. Y dejaría de tener miedo.

Aunque le costase años conseguirlo.

Capítulo 1

Nueva York, en la actualidad

SHANE

Tamborileé con los dedos sobre la pared metálica del ascensor que me llevaría directamente al apartamento de mi hermano. Solo yo y el propio Nathan teníamos acceso directo a aquel espacioso ático dúplex ubicado en el corazón de Manhattan.

Miré la hora en mi elegante reloj mientras accedía al luminoso salón, blanco y acristalado, desde el que se podían admirar las más impresionantes vistas de la ciudad. Suspiré al no ver a nadie. Había quedado en pasar a recoger a mi hermano para aparecer juntos en la reunión de ese lunes por la mañana. Gideon Myers, CEO de la Atlantic Group Corp., la empresa de telecomunicaciones más importante del país, había convocado con urgencia a sus mejores ejecutivos, entre los que nos encontrábamos nosotros, los hermanos O'Brien, a las nueve en punto. Y solo faltaban veinte minutos.

Solté un exabrupto cuando, después de subir la escalera de caracol que llevaba a la planta superior, me asomé

al dormitorio de Nathan. Sobre las sábanas arrugadas yacía dormida una exuberante rubia, completamente desnuda, boca arriba y con la boca abierta. Alrededor de la cama, prendas de ropa tiradas, un par de copas y varias botellas de champán vacías componían el caótico panorama. Como si fuese algo que hiciera cada día —en realidad, bastante a menudo—, abrí del todo las cortinas para que los rayos matutinos impactaran en el rostro de la mujer, y, a continuación, recogí las prendas femeninas que fui encontrando por el suelo.

Menudo trabajito solía tener. Cuando apareciese mi hermano, me iba a oír.

—¿Qué... qué ocurre? —preguntó la joven entre parpadeos.

—Tú, guapa, coge tu ropa y vístete —gruñí al tiempo que lanzaba las prendas sobre la cama—. Ya te he pedido un taxi.

—¿Y tú quién demonios eres?

—Tú lo has dicho: el demonio. ¡Vamos, arriba!

—¡Ya voy, ya voy! —se quejó la mujer mientras se levantaba de la cama—. Esto es un atropello... —no dejó de protestar mientras desaparecía por el pasillo que la llevaría al baño de invitados.

—¿No se supone que tendrías que llamar antes de entrar?

Me di la vuelta al oír la voz de mi hermano y bufé al encontrármelo recién salido de la ducha y completamente desnudo, tan desinhibido como siempre. La razón de esa espontaneidad en Nathan se debía al orgullo que sentía por su físico. Después de una infancia y una adolescencia en las que había sido pasto de burlas por su aspecto, la vida le había brindado otra oportunidad con el cambio de su cuerpo durante la etapa del instituto. Creció y, ayudado por el ejercicio físico y una operación para su miopía que lo liberaría de las gafas, se transformó en un hombre atractivo,

fuerte y seguro de sí mismo. Un físico imponente que, mezclado con su carácter abierto, su encanto irresistible y su carisma, hacía posible que tener a una mujer en su cama cuando le apeteciera no supusiese ningún problema. Tal y como acababa de comprobar.

—No voy a encontrarme nada que no me espere encontrar —gruñí por su falta de pudor—. Pero haz el favor de vestirte ahora mismo.

—¿Qué has hecho con mi invitada?

—De ella tendrías que haberte ocupado tú —refunfuñé de nuevo. He llegado a pensar que me he pasado media vida quejándome de algo; sobre todo, si es Nathan el protagonista—. Pero, claro, de esta forma tú quedas como un buen tipo y yo vuelvo a ser el malo que se deshace de tus conquistas de una noche.

—No te quejes —sonrió él—. Reconoce que te encanta ejercer de hermano protector.

—Sí, debe de ser eso —bufé—. Vamos, date prisa. Gideon parecía muy preocupado.

—Gideon siempre está preocupado —comentó Nathan mientras se dirigía a su vestidor—. Además, sabes perfectamente que nunca he faltado a una reunión.

Tenía razón. Mi hermano podía ser un mujeriego y aprovecharse de su atractivo para conseguir sexo cada vez que lo deseara, pero no por ello se tomaba menos en serio su trabajo. Ambos éramos considerados los mejores ejecutivos de la empresa, admirados y respetados por todos.

Unos instantes después, Nathan volvió con unos pantalones grises y una camisa blanca que se remetiÓ tras la cinturilla. Frente al espejo, se colocó la corbata, el alfiler, los gemelos y, para acabar, remató el conjunto con la chaqueta del traje, componiendo un atuendo impecable. Como siempre, le sonrió a su propia imagen, a su rostro casi perfecto, a sus ojos azules y chis-

peantes, a su cabello tan rubio que brillaba bajo los focos de la pared.

—¿Ves? Ya estoy.

Nathan me lanzó una de sus pícaras sonrisas, aunque no pude evitar fruncir el ceño. Juraría que, debido a mi seriedad y a las incesantes pullas de mi hermano, lo llevaba fruncido permanentemente. Maldito fuera Nathan y su buen humor constante.

Bueno, vale. Admito que lo quiero tal y como es, porque si ambos fuésemos tan serios como yo, no nos aguantaría nadie.

—Ya están listos los gemelos O'Brien —bromeó él al contemplarnos en el espejo, tan impecablemente vestidos. Uno con el cabello claro y traje gris marengo; otro con el cabello oscuro y traje azul marino.

En esa ocasión, Nathan sí me vio sonreír. A pesar de las diferencias, nos complementábamos, tanto en nuestra vida laboral como en la social. Mientras que él poseía el encanto natural, yo aportaba seriedad, y, juntos, éramos imparables.

—Por cierto, tu chica rubia sigue en el baño —señalé justo antes de que se abriera la puerta y saliera la mujer.

—¿De qué coño vas, Nathan? —le preguntó furiosa a mi sonriente hermano—. ¿Te crees que puedes tratarme como si fuera una cualquiera, soltándome a tu gorila para echarme de tu casa?

—Te ruego que disculpes a mi... guardaespaldas —dijo él con retintín mientras cogía a la mujer del brazo y la acompañaba hasta la escalera—. Ha sido un placer. Hasta pronto, Nancy.

—¡¿Hasta pronto?! —exclamó ella con indignación cuando bajamos los tres hasta el salón—. Ni lo sueñes, guapito de cara. No pienso aparecer más por aquí. —Me miró con furia, como si pretendiese escupirme, atravesó la entrada y desapareció tras las puertas del ascensor.

—Una pena —suspiró mi hermano con una divertida mueca al tiempo que salíamos del apartamento.

—Eres un cabronazo, Nathan O'Brien —reí mientras ocupábamos el ascensor vacío—. Te sirves de tu hermano para librarte de tus ligues para siempre.

—Ya sabes lo que pasa luego, Shane. Que si dame tu teléfono, que si espero tu llamada, que si quiero volver a verte...

—Por cierto..., ¿tu «guardaespaldas»? —le dije con un bufido—. Era lo último que me faltaba por oír.

—Con esa envergadura y esa cara de malas pulgas..., lo pareces perfectamente.

—Menudo elemento se esconde bajo esa ropa elegante y esa sonrisa perfecta...

—Oh, no empieces a sermonearme, Shane. No todos somos tan sensatos y formales como tú, que hasta te has echado novia. —Puso los ojos en blanco—. Menuda estupidez.

Ya en la calle, levanté la mano y detuve un taxi.

—¿Tener novia y pensar en el futuro es una estupidez? —le pregunté alzando una ceja.

—¿Un futuro junto a Valerie? —me dijo con mordacidad—. Perdona, Shane, pero no me lo puedo ni imaginar.

—Lo tenemos todo organizado —le expliqué—. Nos casaremos y viviremos en una casa en la zona más selecta de Queens. De momento no tendremos hijos, pero nos plantearemos tener uno cuando pasen unos años. Mi futuro suegro ya me ha ofrecido ser socio y accionista de su empresa de exportación en cuanto me case con su hija y...

—Vale, vale, para —bufó Nathan—. ¿Y no se te ha ocurrido la opción de vivir un poco? He estado a punto de abrirte el pecho, a ver si, en vez de vísceras, aparecía un circuito lleno de cables y lucecitas.

—Ya tenemos bastante con que uno de nosotros viva sin preocupaciones —gruñí.

—Pero... ¡tú también has tenido siempre éxito con las mujeres! —exclamó mi hermano con exasperación—. Eres un tío inteligente, atractivo, y con esos ojos tan alucinantes... Aún me acuerdo de Molly —insistió—, la pelirroja del primer año de universidad. ¿La recuerdas? ¿La que la chupaba tan bien?

—Joder... —musité ante su gráfica expresión—. ¿Tienes que ser tan explícito?

Nathan me ignoró.

—Pues un día, después de echar un polvo en su casa, me dijo que estaba conmigo por acercarse a ti, porque le ponía más tu aire distante y misterioso que todo mi encanto. Pero se había conformado conmigo porque tú no le hacías caso.

Estuve tentado de decirle que, aunque yo las atrajera, siempre acababan con él.

—Y este es el momento perfecto para recordarme algo así —rezongué.

—Siempre es momento para recordarte que podrías tener a cualquier mujer, y no conformarte con esa...

Levanté una ceja. No era la primera vez que mi hermano sacaba a colación el tema de mi novia. Sabía que no se llevaban especialmente bien, pero nunca habían tenido ningún problema serio y prefería no darle mayor importancia.

—¿Con «esa...»?

—Mejor me callo.

—No, Nathan, no te calles. Termina lo que tuvieses pensado decir.

—Yo solo te digo que tu Valerie no es tan perfecta como piensas. Y que creo que podrías aspirar a algo mejor. En realidad —sonrió con picardía—, podrías permitirte... variar un poquito, como yo.

—Deja de preocuparte por mis asuntos amorosos y céntrate en la reunión —gruñí—. Me temo que se trata de algo realmente serio.

—Sí, será lo mejor —suspiró mi hermano.